

Los degradados: excluidos, aplastados, muertos. El trauma transmitido e infligido en el análisis de una niña

James M. Herzog

“—¿Qué sabes tú de este asunto?
— le preguntó el Rey a Alicia.
— Nada —respondió Alicia.
— ¿Nada de nada? —insistió el Rey.
— Nada de nada —dijo Alicia.
— Eso es muy importante —aseguró el Rey,
volviéndose hacia el jurado.
Estaban empezando a escribir esto en sus
pizarras cuando el Conejo Blanco terció
diciendo en un tono muy respetuoso, pero
frunciendo el ceño y haciendo muecas mien-
tras hablaba:
— Su Majestad quiere decir inimportante,
por supuesto.
— Quise decir inimportante, por supuesto —se
apresuró a agregar el Rey, y luego murmu-
ró para sí: —importante, inimportante,
inimportante, importante —como si estuvie-
ra tratando de ver cuál de las dos palabras
sonaba mejor”.

Alicia en el País de las Maravillas
(Carroll, 1865)

Comienzo con esta cita de *Alicia* para transmitir en parte la confusión, el desconcierto y el vértigo de desconocimiento que caracterizó la labor clínica que estoy por describir. A menudo, mientras acompañaba a Carlotta o jugábamos juntos, me sentí perplejo, perturbado e incapaz de predecir hacia dónde nos dirigiáramos, o de organizar mis ideas acerca de la situación en la que nos encontrábamos. A veces mis propias asociaciones y mis especulaciones en apariencia perversas me trastornaban profundamente. Sabía que Carlotta estaba intentando dar un sentido a su complejo y doloroso “paisaje interior”¹ y que estaba totalmente resuelta a poner las cosas en orden. También podía darme cuenta de que mi angustia, desaliento y trastorno eran consecuencia de la perplejidad y perturbación de la propia Carlotta. Ambos estábamos envueltos en algo que participaba de la naturaleza de lo traumático, así como del impulso esencial de la niña a conferir sentido a las cosas y retornar a un derrotero de desarrollo progresivo.

La mente de un niño se desarrolla reflejando lo que son sus padres y aquello con lo que éstos deben lidiar. El niño incorpora el estado emocional de la madre y el padre y observa cómo funcionan ellos entre sí. Cuando los sucesos del pasado y el presente están demasiado próximos y su impacto es tan inmediato que impide una adecuada comprensión e integración, también esto pasa a formar parte del paisaje interior del niño. Y lo que es válido para los sucesos del mundo externo en general, lo es más aún para los que acontecen en el mundo de la familia. Lo que queda sin metabolizar es material fecundo para la transmisión y una nueva puesta en acto. Todos estos elementos se fusionan con los impulsos, deseos y conflictos del niño, y con las características personales de su juego. No es raro que desarrolle precozmente su lenguaje u otras capacidades como un modo de tratar de contener, representar, disfrazar y manejar aquello que se ha incorporado a su paisaje interior, en parte porque uno de sus progenitores o ambos han sido incapaces de protegerlo al respecto.

En este artículo examinaré de qué manera el trauma transmitido y el trauma infligido debilitan el sentido de la estructura individual, alteran la capacidad de modular la agresión y modifican el juego del niño. También mencionaré de qué manera los apegos, traumáticos o de otra índole, afectan la capacidad para el desapego y la modalidad

¹En inglés *inscape*, fusión de “*inner*” y “*landscape*”. El autor tomó este término del poeta inglés Gerard Manley Hopkins. (*N. del T.*)

en que éste puede darse, así como la manifestación de estas cuestiones en el análisis del niño. Todos estos residuos traumáticos repercuten en la relación analítica y crean para el analista circunstancias especiales que, a su vez, encauzan la evolución de la transferencia y la contratransferencia. En *Howard's End*, E. M. Forster (2002) lo resume así: “Sólo conectarse”. A esto yo le agregaría la paráfrasis de las palabras de otro analizando: “Nunca te desconectes. Tú eres el aglutinante que mi historia ha disuelto, el cartílago que le impide a un hueso desgastar a otro por erosión. Para ser coherente, debes permanecer en la modalidad de juego que hemos desarrollado juntos. Y sobre todo debes protegerme, porque estoy constantemente sometido a un peligro aterrador”.

Estas demandas no negociables pesan mucho, tanto en el analizando como en el analista. Y es preciso que sean al mismo tiempo –paradoja bien conocida por todo analista– respetadas escrupulosamente y transgredidas de modo inevitable si se pretende restaurarle a un niño, cualquiera sea su edad, el pleno funcionamiento operativo (Herzog y O’Connell, inédito). Siempre se plantea el dilema: ¿cómo puede el analista mantenerse en la modalidad de juego requerida, conservar su propia capacidad de juego, comunicar su deseo de acompañar, y a la vez seguir siendo él mismo (y tener acceso a todas las partes de sí mismo) para cumplir dicha función?

Sin embargo, cuando el paciente es un niño, hay un aspecto menos adusto, y de nuevo parafraseo: “¿Jugarás conmigo? ¿Serás un buen compañero? ¿Sabrás encontrar una modalidad de juego que tome en cuenta lo que ha afectado y aun deformado mi capacidad de jugar y me ayude a recurrir al desplazamiento, la puesta en acto y la puesta en acto interactiva para recuperar mi equilibrio y encontrar mi camino?” (Herzog, 1993). Todo esto tiene una faceta muy seria, amenazadora incluso para el desarrollo y la vida, y están además la resiliencia y la determinación que son sinónimos de la niñez. En esta compleja mezcla, ¿cómo puede darse un juego profundo (Geertz, 1973) que favorezca el desarrollo continuo a la vez que explicita lo que está descaminado y celebra lo que puede volver a equilibrarse?

Los padres de Carlotta decidieron que la niña debía venir a verme cuando golpeó en la vagina a una compañerita de su clase de primer grado. Carlotta les aseguró a sus padres que el lugar en el que le había pegado a la niña no era intencional, pero la escuela le atribuyó mucha importancia y el padre se sentía extrañamente per-

turbado por lo que había sucedido. “¿Cómo es posible golpear a alguien allí por accidente?”, se preguntaba en un tono de voz que ponía de manifiesto su malestar.

Carlotta era el segundo hijo (la primera mujer) de una familia de profesionales que se habían instalado en Boston cuando ella tenía tres años. Había nacido en Caracas, donde sus padres se refugiaron tras abandonar forzada y apresuradamente Buenos Aires. Su hermano mayor, Oskar, había nacido en la Argentina, y tenía un hermano menor, Manuel, que nació en Estados Unidos. La madre era ginecóloga y prosiguió su formación en un instituto lacaniano; el padre tenía ya fama internacional en el campo de la física cuando debieron huir. Ambas ramas de la familia eran judías. Los padres de la madre habían llegado a Buenos Aires en 1940 desde Berlín tras sufrir allí experiencias terribles —el padre había permanecido un tiempo en Dachau—, en tanto que la familia del padre, de origen sefardí, vivía en la Argentina desde hacía varias generaciones. Dos días antes de que los padres de Carlotta resolvieran huir, habían desaparecido el hermano de la madre y su novia, y, como en innumerables casos similares, nunca se los volvió a ver.

Pude percibir la angustia de la madre de Carlotta mientras me contaba la historia de la familia y vi llorar al padre al describirme el destino de su cuñado. Sentí la inmediatez de la pérdida y me pregunté hasta qué punto reverberaba en ella la historia de la rama materna con los nazis. Mientras yo hacía para mí mismo estas especulaciones, la madre me confió que me habían escogido para atender a Carlotta debido a que yo era conocido en la comunidad de emigrados argentinos y a mi interés por el Holocausto. El Dr. C., analista de la madre, que entonces residía en Nueva York, coincidió con ellos en que yo era la persona adecuada para tratar a la niña. Pese a que fue la madre la que habló casi todo el tiempo, yo percibí en ella cierta ambivalencia respecto de la consulta y que de algún modo lo que los impulsó a venir fue la insistencia del padre.

En esta oportunidad me referiré a la forma en que Carlotta y yo tratamos de desentrañar los sentidos de su historia, sus síntomas, y las alteraciones en su paisaje interior resultantes de su empeño por controlar a ambos. También examinaré el significado de esta aparente especificidad y selectividad (“usted tiene que ser su analista, usted está capacitado como nadie para comprenderla y acompañarla”) en el caso de procesos analíticos emprendidos con el fin de identificar, abordar y contribuir a curar traumas masivos.

Cuando conocí a Carlotta, de inmediato recordé las raíces alemanas de la rama materna de la familia. Era rubia, de ojos azules, y tan decidida en su manera de actuar que parecía militarizada. Me extendió la mano y sacudió la mía resueltamente. Me contó que su madre le había dicho que yo era psicoanalista y que también la madre se había atendido con un analista, primero en la Argentina y después en Venezuela, donde éste se había trasladado al igual que la familia de ella. Ahora, agregó, la madre viajaba a Nueva York cuando quería tener una consulta con él. Tuve la sensación de que Carlotta se estaba preguntando si nuestra relación duraría mucho tiempo, si podríamos viajar juntos y si también nos veríamos obligados a emigrar. Tenía conciencia de que éstas eran ideas mías, pero al mismo tiempo me pregunté si los dilemas de Carlotta no serían el reflejo de acontecimientos y trastornos que habían ocurrido a lo largo de un período prolongado y en muchos lugares diferentes. Mientras observaba su aspecto y conducta, se me cruzó la idea de que de repente ella podría ordenar enfáticamente “¡De frente... Marchen!” con gran dureza en la mirada, y a la vez era una chiquilina encantadora que quizás fuese muy vulnerable. “¿Por qué –me dije– esta caracterización dicotómica?” ¿Por qué detectaba o imaginaba un aspecto prusiano, masculino y marcial, incluso militarista, en esta niña que también era frágil y sin duda muy femenina? ¿Qué estaba yo proyectando, qué estaba percibiendo, y por qué motivos? Había aceptado recibir a Carlotta y evaluar su caso a pesar de que los padres me aseguraban de que a la niña le iba bien en todo, y que el único motivo de la consulta era el incidente de la escuela. Agregaron, empero, que Carlotta sabía que ellos habían venido a verme, y que les había dicho que “necesitaba un analista propio”. También los padres parecían tener una visión bifurcada de su hija y de las necesidades de ésta.

Carlotta y yo comenzamos nuestra labor conjunta en la primera sesión de consulta y un mes después ya habíamos iniciado el análisis. Describiré dos sesiones completas y luego ofreceré algún material adicional que nos permitirá examinar el paisaje interior de esta muy talentosa y sufrida niña. También transmitiré lo que descubrimos juntos y cómo tratamos de trabajar y jugar con eso, y de ayudar a Carlotta a conocerse de modo tal de continuar su crecimiento y desarrollo haciendo las menores concesiones posibles.

PRIMERA SESION RELATADA

Esta sesión es del primer año de análisis. Tuvo lugar cuando ya llevábamos ocho meses de cinco sesiones por semana. Carlotta me llama “Solamente”, en castellano; así me bautizó tan pronto nos conocimos. Dice que equivale al *Only* inglés y que solamente yo puedo hacer con ella el trabajo que estamos haciendo. Esto me recuerda la forma en que los padres me seleccionaron. También escucho que en el nombre que me ha puesto están las palabras “mente” (*mind*) o “amente” (*mindless*), y “solo”, que puede ser algo relativo al alma (*soul*) o al sol. La estructura de esta sesión es bien representativa del trabajo que realizamos en esta etapa del análisis.

–Solamente, hoy se te ve cansado –me dice Carlotta–. ¿No puedes volver a dormir? Mamá dice que el hidrato de cloral actúa si no hay resaca. Mamá sabe cómo hacer todo. Tienes que dormir, si no, ¿cómo trabajaremos?

No soy consciente de estar particularmente cansado, y mucho menos de Carlotta. De hecho, estamos en medio de un juego muy importante y me pregunto qué significarán estos comentarios iniciales. Como me mira con evidente preocupación, le digo.

–¿Te preocupa que no podamos seguir hoy con el juego al que estábamos jugando?

Muy seria, me contesta:

–Solamente, quedarse dormido en un avión es muy peligroso.

Volvemos al juego, o, dicho con mayor precisión, Carlotta me acaba de recordar que su comentario inicial formaba parte del juego. Yo me he distraído momentáneamente por mis propias asociaciones, o incluso por mi inquietud sobre mi apariencia física y mis capacidades. ¿Por qué sucedió esto? ¿Qué se estaba poniendo en acto?

Guardo para mí estas ideas interpuestas y le pregunto:

–¿Por qué?

–Porque tú siempre quieres saber lo que yo hago y pienso –me responde mientras le brillan los ojos y, creo, hay en su observación un elemento de coqueteo–. Aflojémonos los cinturones de seguridad, así podemos sentarnos más cerca uno del otro.

–Muy bien– accedo. El juego con el cinturón de seguridad ha sido parte importante de nuestro viaje en avión. Estamos volando por un lugar del cielo que se halla a mucha altura. No se ha aclarado el punto de partida ni el destino. Todo se centra en nuestra intensa

interacción, con ocasionales referencias a la turbulencia y a los ruidos provenientes de otros sitios del avión. A mí me parece que el hecho de ajustarse y desajustarse los cinturones de seguridad, que ocurre totalmente en el plano verbal, representa alguna especie de regulación de nuestra proximidad. A Carlotta siempre le interesa que lo hagamos ambos. En más de una oportunidad me ha dicho que soy demasiado lento para ajustarme o desajustarme el cinturón, y que estoy distraído o preocupado por alguna otra cosa.

Para mi asombro, las conversaciones que mantenemos mientras volamos giran en torno de Bolívar, Perón, Hitler, Mussolini y el mariscal Pétain. Carlotta dice que en su mayoría estos hombres son malos y los ignora, pero se pregunta por sus esposas y por el matrimonio en general. Le maravilla saber cuántas cosas desconozco, y hasta hemos llegado a averiguar que quizás otro significado de “Solamente” (¡Dios no lo permita!) es que a mí me interesan sólo los hombres malos y no las mujeres que los acompañan, motivan y sostienen, y que son las verdaderamente importantes. Luego Carlotta agrega que tal vez yo no pueda interesarme más que por una cosa a la vez. Lo siento como un reproche y le digo que sé que todo el tiempo suceden muchas cosas, y que no siempre es fácil llevar registro de todas. Carlotta confirma que lo que digo es cierto, hace un comentario sobre el ruido de los motores y pregunta cuándo servirán la cena.

Seguimos conversando después de habernos ajustado los cinturones a raíz de una marcada turbulencia. Carlotta pregunta si acaso yo no me despertaría un poco más si golpeara mi cabeza contra el techo del avión, pero luego manifiesta su inquietud de que esto pueda hacerme perder por completo el conocimiento. Dice:

– Como sabes, Perón tenía una esposa.

– Sí, ¿no la llamaban Eva?

– ¡Eva, Eva, la llamaban Eva! –exclama, en voz mucho más alta que de costumbre y con grandes ademanes—. Murió. Todo el mundo se muere. Amar a alguien es perderlo.

Me siento a la vez sorprendido y triste por esta declaración. En cierto sentido, al tratar de averiguar sobre una de las esposas quise redimirme, conectarme más. Siempre que modifico un poco el juego, me pregunto qué pasará. Hasta ese momento, parecía que yo sólo debía conocer a los hombres malos, y me atuve a eso. En verdad, algo sabía sobre Eva Perón y Eva Braun, pero no mucho sobre las mujeres a las que estos hombres a la vez grandiosos y horrendos

amaron, o con quienes se casaron. ¿Qué significa esta descripción de hombres heroicos u horribles y de mujeres poderosas, ausentes o presentes? ¿Por qué mi mención de Eva evocó la *Liebestod*, la equiparación del amor con la muerte?

– ¿Siempre pasa eso? –le inquiero.

– Casi siempre –me responde la niña.

Reparo en que sólo tiene siete años y que no parece que lo que ha dicho provenga sólo de su experiencia. De pronto me digo que no debería desestimar lo que Carlotta dice. Más bien tengo que escuchar el motivo por el cual estar en pareja es para ella algo tan cargado de tensión, de qué modo se entrelazan el amor y la pérdida, qué pasa entre estos hombres más grandes que la vida misma y sus mujeres, sobre las cuales mis conocimientos distan de ser completos.

Seguimos jugando. La azafata nos pregunta si ya estamos listos para cenar. Hay asado, me dice Carlotta, y lo comeremos poco cocido, casi sangrante. Pero hay un problema: haríamos un lío bárbaro, así que sólo podremos comer si nos dan muchas servilletas. Cuando le pide a la azafata ochenta servilletas, ésta le objeta diciendo que nadie puede necesitar tantas, y que si nos da esa cantidad a nosotros no le van a quedar para el resto de los pasajeros. En respuesta a este comentario (enunciado por la propia Carlotta), hace ademán de pegarle a la azafata. Noto que el golpe está dirigido justo al bajo vientre, recuerdo las circunstancias que precipitaron la derivación de Carlotta, pero nada digo de mis asociaciones. Comento, en cambio, que cuando uno vuela en avión se presenta un problema especial si se agotan las provisiones, ya que no es posible reabastecerse hasta que el avión aterriza. Carlotta me mira muy seria y dice:

– Solamente, ¿te has olvidado de que esto es un juego? En este avión hay todas las servilletas que nosotros necesitemos, porque si no, no podríamos comer asado.

Respondo que me había olvidado y le pido disculpas. Me pregunto por qué me retiré a una realidad que no es la de nuestro juego. Se me cruza el extraño pensamiento de que tal vez yo no tenga ganas de comer asado ni de tener las manos sucias y grasientas. ¿De dónde vienen estas ideas? Pienso en el golpe a la vagina que se me había cruzado por la mente segundos antes y en mi aparente confusión de la carne grasienta con las partes grasientas del cuerpo. Carlotta me sorprende diciendo:

– La carne de vaca ya es el resultado de una matanza. Cuando algo se ha muerto, no vuelve a estar vivo. Podemos comerla o dejar que se pudra.

De nuevo la muerte, pienso, esta vez ligada con una matanza. Parecería que yo me niego a ensuciarme las manos, a meterme de lleno en el lío. Con mis asociaciones relativas a la vagina, ¿no estaré incluso tratando de sexualizar la relación, aunque sea una sexualización llena de agresividad? Me doy cuenta de que este agradable juego, o aun coqueteo, a gran altura contiene para mí un sentimiento ominoso. Carlotta tiene razón, en cierto modo estoy dormido, o quisiera estarlo. Hay peligro por todas partes y esta niña precoz lo regula todo con su cinturón de seguridad. Justo cuando yo estoy pensando en que mis propias defensas y proyecciones han ocupado el centro de la escena, Carlotta dice:

– Podría darle un golpe a esa azafata. ¿Por qué está vestida toda de negro?

Entonces comprendo que mis asociaciones no estaban tan distantes de las de ella.

Inmediatamente después de la cena –que en rigor no comimos en el juego–, durante la cual el foco estuvo puesto en las servilletas, el color rojo y el hecho de que consumir carne de vaca era correcto porque ya había sido matada, llegó el momento de la diversión. Carlotta anunció que escucharíamos a una orquesta, “que probablemente esta noche interprete Bruckner”. Al principio yo no comprendía, pero ella me lanzó una mirada como diciendo “ya sabes que éste es mi juego”, y luego confirmó que escucharíamos la cuarta sinfonía. “Por supuesto”, dije yo, y ella agregó que durante el concierto podríamos aflojarnos los cinturones de seguridad, y que como yo, por lo que se veía, seguía cansado, podría dormir un rato si quería. Ella comenzó a entonar por lo bajo la melodía de Bruckner y noté que yo canturreaba a la par de ella. Entonces dijo:

– Puedes dormir un rato, si lo necesitas –y añadió en tono tranquilizador, aunque quizá con cierto desdén: –No te preocupes, yo vigilaré para asegurarme de que mientras tú duermes todo esté a salvo.

En el momento en que la sesión llegó a su fin, el vuelo continuaba.

Así pues, Carlotta y yo volábamos sin saber adónde, envueltos en una conversación precozmente sofisticada, mientras yo pensaba en vaginas y ella me recordaba que éste era un juego, un juego pro-

fundo, vinculado con el amor y la muerte, con la irreversibilidad, con el mal y su mediación en la relación conyugal, y con la presencia de la música alemana, todo ello modulado en importante medida por nuestra relación y por el ajuste y desajuste de los cinturones de seguridad. También se había agregado algo sobre el grado de conciencia, la necesidad de que uno o el otro estuviera plenamente despierto, vigilante, controlando, conociendo lo que en verdad sucedía allí.

Durante los dos años siguientes continuamos con nuestro juego. Yo llegué a conocer algo más sobre la Carlotta real. Me habla de sus hermanos; me informa de los viajes y publicaciones de su padre. Cuando yo salgo de viaje, alude a cómo voy a hablar en otros países, y a veces me dice que voy a hablar muchas lenguas. Carlotta toca el violín y dos veces por semana lo trae a la sesión. A veces toca algo para mí, que con frecuencia es de Bruch o de Mendelsohn, y dice que yo la acompañe al piano. Nunca me pide que yo toque realmente, y por otra parte no hay piano en el consultorio, pero sí me indica cuándo debo tocar un poco más fuerte o un poco más suave. He averiguado que la familia íntegra se reúne a escuchar música, principalmente Beethoven, Mozart y Brahms. En ocasiones el padre escucha a Wagner, cosa que la madre reprueba; a Carlotta le gusta especialmente Bruckner y, cada vez más, Mahler. Nos hemos habituado a escuchar música real mientras jugamos: llevé un grabador al consultorio y recorrimos las nueve sinfonías de Bruckner; ahora estamos haciendo lo propio con las de Gustav Mahler. Carlotta hizo al respecto la siguiente observación:

– Bruckner es como un puente que me une con mi familia. Mahler es sobre tú y yo.

La madre de Carlotta me envía mensajes para anoticiarme de las presentaciones musicales de la niña, a las que siempre estoy invitado, aunque Carlotta me manifiesta que preferiría que yo no fuese. Dice que en el consultorio ella toca para mí... no, se corrige, para los dos, y que la cosa debe quedar ahí. La fijación de este límite me sorprende: es nítida y plena de significado. La madre expresa su malestar por el hecho de que yo decline las invitaciones; afirma que es una señal de que no estoy realmente interesado en su hija, y que mi evidente falta de interés lastima a Carlotta. Me pregunto qué se nos está revelando. Nuevamente mis pensamientos se dirigen a la necesidad de apartar una vagina demasiado próxima. Me escuché pensar “Déjate de molestar”, y en el tono cada vez más estridente

con que la madre me reprochaba mi indiferencia hacia Carlotta. Me limito a responder que la tarea que realizamos Carlotta y yo se desarrolla en el consultorio, y que sobre eso ambos estamos de acuerdo. La desazón de la madre aumenta, a punto tal que me dice que no puede seguir mandando a su hija a atenderse con una persona que manifiesta una desconsideración tan notoria por el genio de aquélla. Agrega que mi falta de empatía es mortal para Carlotta.

La divergencia entre las necesidades y percepciones de la madre, por un lado, y por el otro lo que nosotros hacemos en el consultorio, es radical. Estamos ante una crisis y me reúno con ambos padres para discutir el tema. El padre permanece casi todo el tiempo en silencio, pero al final dice:

– Gertrude, escucha lo que nos está diciendo el Dr. Herzog. Dice que Carlotta prefiere que él no asista a sus actuaciones.

En apariencia sacudida por la intervención de su marido, la madre replica que a ella nunca se le habría ocurrido preguntarle a Carlotta qué era lo que prefería, y entre sollozos agrega:

– No quiero que la hieran. Hay demasiado dolor, no soporto más.

Este intenso y penoso diálogo me ayudó a entender un hecho recurrente en nuestros vuelos constantes con Carlotta. En los momentos en que estaba por aparecer la azafata, Carlotta siempre se indignaba. Aunque a menudo era ella misma quien la llamaba, su presencia no le producía ningún contento. Comencé a percibir mejor con qué lidiaba Carlotta al enfrentarse con su madre. Una presencia protectora avasallante capaz de negar su propio ser y sus propios planes exige ser calibrada como se hace en una titulación química. Pensé que mi falta de una completa sintonización con Carlotta en forma más o menos permanente, que ella siempre me señalaba, podría tener determinantes transferenciales y determinantes maternos que necesariamente debían diferenciarse. ¿Quién era Carlotta para su madre? Los peligros históricos que habían tenido repercusiones tan letales, ¿no radicarían ahora en la madre y la hija?

SEGUNDA SESION RELATADA

Carlotta tiene ahora nueve años. Seguimos con nuestros vuelos, pero ha habido algunos cambios significativos. Además de “Solamente”, yo soy ahora “Herr OberMumzer” (en ídish, “Señor Gran Bastardo”). O, para decirlo con más precisión, a veces soy Herr

OberMumzer y a veces lo es otro pasajero. No fueron los únicos cambios. Seguimos cenando mientras volamos y siempre escuchamos música, pero si bien la comida continúa siendo grasienta, pringosa e inocultablemente sanguinolenta, en música pasamos de Bruckner a Mahler y de vez en cuando a algún compositor argentino. En particular, estamos comenzando a conocer la obra de Osvaldo Golijov. Además, el juego de los cinturones de seguridad se ha ampliado para incluir lo que Carlotta denomina “ascenso de categoría” y “descenso de categoría”. A veces se nos acerca la azafata o Herr OberMumzer y nos exige que uno o ambos nos desajustemos los cinturones de seguridad y vayamos a la parte delantera o la parte trasera del avión. Estas situaciones son sumamente perturbadoras ya que interrumpen la comida y la audición de música. A Carlotta la ponen frenética y la trastornan por completo. He comenzado a darme cuenta de que estamos en medio de la recreación de un momento traumático.

Carlotta comienza a decir:

– Es muy desagradable estar sentada aquí al lado tuyo, Herr OberMumzer, no me siento nada segura. Pareces peligroso, no eres para nada una persona amable.

La sesión ha comenzado con esta observación ominosa, que se hace presente cada vez más.

– El avión da muchos tumbos. Creo que ahora estamos volando encima del océano –continúa diciendo ella–. ¿Por qué no se saca el cinturón y se va a otro asiento, lo más lejos de mí que sea posible? Quisiera que abandonase el avión.

– Desde luego, me iré a otro asiento si tú quieres –replico–, pero no puedo abandonar el avión hasta que aterrice.

Me dirige una mirada fulminante.

– Puedes hacer lo que a mí se me antoje. Este es un juego, aunque nunca parezcas recordarlo. ¿A qué escuela de psicoanálisis fuiste? ¿No te enseñaron que el juego es el juego?

Me desabrocho el cinturón y casi doy un respingo cuando Carlotta expresa:

– Adiós para siempre, mi amado Solamente.

– Tal vez debería quedarme aquí –insinúa. Ella prosigue diciendo:

– Ahí viene Herr OberMumzer, con toda la crueldad en su rostro. Él te arrastrará de cualquier manera. Te han ascendido, tienes que ir. Es muy cruel. Cierta ascenso es en realidad el más terrible descenso de categoría. Uno desciende, desciende, desciende y se fue. ¿Qué?

¿Yo también debo ir?, ¡pero si fui yo la que le dije a él que se fuera!
¿Con él no es bastante? ¿Por qué yo también? No iré. Me tendrá que arrastrar. No me desabrocharé el cinturón. ¡Sálvame, Solamente, sálvame! Leí que María Antonieta se la pasó gritando todo el tiempo mientras la guillotina le separaba la cabeza del cuerpo. ¿Qué servirán hoy para la cena? ¿Otra vez asado? Espero que no sea frecuente, sigue sangriento, sigue casi vivo. No desabroches tu cinturón, Solamente, se nos viene una turbulencia. Será mucho más cómodo que te quedes con el trasero pegado al asiento y no que tu cabeza vuelva a chocar con el techo del avión.

Yo escuchaba arrobado todo lo que me decía. Noté que ambos estábamos transpirando profusamente.

– ¡Carlotta OberMumzer, ven conmigo ahora! –susurró.

– ¿Quién dijo eso? –inquirí.

– Ese horrible Herr OberMumzer de rostro cruel –me contestó, todavía en un susurro.

– ¿Él te dijo que tu nombre era OberMumzer?

– Sí, por supuesto que sí, ése ha sido siempre mi nombre –declaró la niña, aterrada.

Así pues, Herr OberMumzer aparecía por doquier en este aeroplano que se había vuelto nuestro mundo y aparentemente sería el escenario desde donde uno de nosotros, o ambos, abandonaríamos el mundo. Herr OberMumzer podía ser el analista, podía ser Carlotta, podía amenazar y destruir a alguno de los dos o a ambos juntos. Mientras Herr OberMumzer estuviera a bordo, corríamos peligro mortal, y no podrían salvarnos ni el asado ni la música majestuosa. Y sin lugar a dudas, Herr OberMumzer estaba profundamente a bordo.

El viaje continúa. Carlotta está agitada y yo siento lo mismo, aunque lo contrarresta en pequeña medida la sensación de que avanzamos hacia un destino psíquico importante, que debemos alcanzar por más turbulento que sea el vuelo. No tengo ninguna certeza acerca de lo que está ocurriendo, pero me siento capaz de guiar nuestra nave. Carlotta hace muecas con la boca, como si quisiera hablar, pero no emite palabra alguna. Tentativamente, le dirijo una sonrisa para alentarla: ella da vuelta la cara para otro lado y después me dice:

– Que tú estés en este vuelo me aterrera, pero si no estuvieras nos habríamos estrellado hace tiempo.

Esboza una sonrisa, aunque transfigurada por el dolor y el terror.

– Nos estamos aproximando a un lugar al que es muy difícil llegar –le digo.

– *Jawohl* –responde–. *Du bist ganz und totalisch tod, Karl Friedrich, und auch Ich, deine beliebte Sophie.*

Habla en alemán, lengua que no le oí utilizar nunca hasta ahora, y ni siquiera tenía idea de que ella la conociera. Pienso en la familia de su madre, en la muerte de gran parte de sus tías y tíos maternos en Auschwitz y Bergen Belsen, y le digo en inglés:

– ¿Quién es Karl Friedrich y quién es Sophie?

– *Sie sind gegangen. Sie sind gegangen* –prosigue ella.

Como sé alemán, puedo entender lo que Carlotta ha dicho: “Sí, Karl Friedrich, por cierto tú estás completa y totalmente muerto, y yo, tu amada Sophie, lo estoy también”. Y a continuación agregé: “Ellos se fueron. Ellos se fueron”.

Carlotta no parece registrar mi pregunta y prosigue diciendo en alemán:

– *Rom wurde nicht in eimem Tag erbaut.*

Me doy cuenta de que está citando a alguien. Está claro: “A Roma no se la construyó en un día”.

Mi mente se dirige hacia su madre de habla alemana, y noto asimismo que en esta importante sesión se ha referido a sí misma como la difunta Sophie y como Carlotta OberMumzer.

Reflexiono sobre la mejor manera de acompañar a Carlotta, a todas luces aterrada, tal vez paralizada por el temor. No sé con certeza cómo describir su estado de conciencia. Formulo la hipótesis de que al hablar en alemán está citando a su madre, y deseo, por un lado, asegurarle mi presencia, y por el otro, permitirle profundizar en lo que está vivenciando y comunicando. Se me ocurre cantarle “Die Lorelei”; me pregunto por qué y resuelvo no hacerlo. Le digo:

– No sé quiénes eran Karl Friedrich y Sophie. Lamento que se hayan ido.

Como respuesta, ella se pone a cantar:

– *Ich weiss nicht was soll es bedeuten, dass Ich so trauig bin / Ein Maerchen aus alten Zeiten das kommt mir nicht aus dem Sinn.*²

Quedo atónito, aunque no del todo sorprendido, porque lo que está cantando es “Die Lorelei”. Esto me da ánimo para preguntarle:

– ¿Tu madre te cantaba eso a ti?

²“Yo no sé por qué dicen eso de mí. / En mi mente sigue representándose una antigua leyenda” (N. del T.

No le menciono que mi madre lo hacía a menudo, con tristeza. El talante de Carlotta cambia de manera abrupta.

– Sí, Solamente, mi madre a menudo me canta en alemán. Creo que podemos sacarnos los cinturones de seguridad. La turbulencia ha pasado.

La sesión aún no llegó a su fin, pero ha salido a la luz algo de enorme importancia. Con su utilización del alemán, Carlotta me ha hecho saber que el trauma de su familia materna es parte de nuestro juego y de su paisaje interior. Ese trauma está muy presente y a veces emerge en formas no digeridas ni metabolizadas. Vuelvo a pensar en el síntoma actual, el golpe a la vagina, y me pregunto por qué esta niña tiene esa abrumadora necesidad de controlar la distancia entre su madre y ella.

El juego sigue al modo habitual, posiblemente en relación con el interludio alemán. Carlotta me mira fijamente y me ordena:

– Levántate, ve a la parte delantera del avión. –Y luego, en voz bien alta: –Tu ascenso de categoría no ha sido completo. Empújelo por la puerta. Bien, ya se fue. Ahora empujen a Sophie. Bien, se fue, misión cumplida.

Recuerdo mi impresión inicial de que Carlotta tenía un aspecto militarista y era capaz de ponerse a dar órdenes a los gritos. Ahí está presente, y yo, quienquiera sea, acabo de ser ascendido (descendido) al olvido, empujado fuera del avión para caer y morir. También Sophie ha encontrado su destino. ¿Seré Karl Friedrich? ¿Esto habrá pasado en la Argentina, en la Alemania nazi o únicamente en la fantasía de Carlotta? Mientras me hago estas preguntas, ella vuelve a mirarme fijo y me dice:

– Herr OberMumzer, en este vuelo hay muchos problemas.

– No sé bien quién soy –contesto–, dónde estamos ni cuándo pasó todo esto. Lo que sí sé es que se refiere a algo muy terrible.

– Estamos jugando, Solamente, estamos jugando –insiste, y se echa a llorar.

– Carlotta, estamos juntos en este juego –la reconforto–. Estamos recorriendo un largo trayecto y la atmósfera no está muy tranquila, pero llegaremos a destino.

– Ya lo sé –me responde entre lágrimas–, tenemos más suerte que muchos de los que vinieron antes que nosotros.

Le aclaro:

– Tenemos que tratar de saber lo que pasó, cuándo y dónde, y ser capaces de diferenciar el pasado del presente.

Me doy cuenta de que tal vez estoy recurriendo prematuramente a capacidades yoicas que Carlotta sin duda posee, en lugar de dejar que el juego siga adelante. Carlotta se pone a gritar:

– *Ich bin muede, ganz und totalisch muede. Ich musss schlafen. Ich habe keine Hoffnung. Mein Gott, Mein Gott!*

Sé que yo no he alterado en modo alguno el nivel del discurso. Lo que me dice Carlotta es que está absolutamente cansada, agotada. Utiliza los mismos adjetivos que empleó para describir la desaparición de Karl Friedrich y de Sophie. Dice que debe dormir, que ya no tiene muchas esperanzas, e implora a Dios. Le respondo cantando:

– *Ich weiss was soll es bedeuten, dass du so trauig bist. Ein Mädchen aus alten Zeiten das kommt dir nicht aus dem Sinn.*

– Por supuesto, *hablas* en alemán, Mutti –declara con voz suave–, no, quiero decir mi Solamente. No es lo mismo que cuando lo canta Mutti. *Tú has* cambiado algo. Pero nosotros somos Los Degradados –lo dice en castellano–. Para nosotros, el destino no es benevolente. Ya sé que estás tratando. Por favor, sigue tratando, mi Solamente.

Con este comentario finaliza la sesión.

Me pregunto qué puede querer decir que yo haya hablado, cantado, en alemán. Carlotta me llamó Mutti y luego se corrigió, y señaló que yo había cambiado la letra de “Die Lorelei”. Fue una sesión intensa, llena de revelaciones, movimientos y desesperación. Al utilizar la lengua de la madre, ¿profundizaría yo la simbiosis traumática entre ella y su hija, o contribuiría a disiparla? Sentí que había esperanzas de que ocurriera esto último, pero al final de la sesión Carlotta invocó a otro referente histórico: Los Degradados. Yo sabía que ése era el nombre que daban los españoles de la época de la conquista a los marranos y otros judíos y criminales llevados en barco al Nuevo Mundo y que eran los primeros en ser desembarcados; si sobrevivían, el resto de la tripulación podía hacerlo; si eran asesinados, poco es lo que se perdía, ya que todo el mundo aceptaba que eran seres prescindibles. Borrosamente percibí que aquí se traía a colación también los antecedentes sefardíes del padre. Se diría que la historia entera de Carlotta contenía elementos de asesinato, abandono, prescindibilidad, temor y dolor. Pero ella me había conminado a seguir tratando, y yo lo haría.

Tuve la audacia de cambiar el verso de Heinrich Heine y de decir en alemán: El pasado es el pasado, pero estamos jugando juntos en

el presente. ¿Cómo se desarrollaría el juego? Esperaba ver cómo continuaría nuestro vuelo. Me sentí extrañamente entusiasmado por esta intervención en la que había escrito mis propios versos, como si también yo hubiera escapado de alguna repetición traumática modificando el libreto. Era como si se hubiera desafiado a lo perverso y a partir de entonces el juego podría ser más libre.

Pensé que estábamos representando escenas referidas tanto a los horrores de la experiencia judía en la Alemania nazi como a las experiencias más recientes de desaparición de personas en la Argentina. Conjeturé que arrojar a las personas desde el aeroplano era una fantasía de Carlotta acerca de la desaparición de su tío y de la novia de éste. Sólo más tarde me enteré de que el juego de la niña estaba mucho más asentado en la realidad de lo que creí entonces.

LA FAMILIA IMMER

Luego de la sesión que acabo de relatar, surgió un nuevo juego. Carlotta y yo comenzamos a escribir juntos una novela que ella tituló *La familia Immer*.

Por razones que al principio no fueron aclaradas, a la madre la llamó Immer Schlimmer y al padre Immer Besser. Más exactamente, la protagonista femenina tenía el apodo de *schlimmer* y el protagonista masculino, el de *besser*. Imaginé que el apellido precedía al nombre de pila porque eran húngaros. Carlotta señaló que la lengua hebrea se lee de derecha a izquierda. En alemán, *immer schlimmer* significa “cada vez peor”, e *immer besser*, “cada vez mejor”. Además, el apellido de la familia, Immer, es “siempre”.

Trabajamos en esa novela esporádicamente en los dos años y medio siguientes. La familia Immer constaba de sólo dos miembros y nunca habría otros. Pregunté por qué la pareja no tenía hijos, y se me respondió que debían ser sólo dos porque nunca se ponían de acuerdo en nada, y porque el mundo que los rodeaba era demasiado peligroso como para criar niños. También se me dijo que únicamente vestían de negro, negro y sólo negro, sin adornos superfluos. Recordé que así vestía la azafata del avión. “Nunca podrían tener niños, sería imposible”, remarcó Carlotta.

Pronto averiguaríamos que Schlimmer era también Carlotta, que a mí se me podría imaginar como Besser, y que la idea de la novela derivó del final de la segunda sesión que relaté completa. Se había

instruido a Besser para que siguiera tratando, y eso es lo que hice. Schlimmer era arrastrada una y otra vez por su historia y la proximidad con su madre. Se estaba librando una intensa lucha entre el origen familiar de Carlotta y sus esperanzas de que el análisis pudiera liberarla. El amor podía matar, pero también liberar. Ahora bien: Schlimmer era a veces Sophie, y entonces Besser pasaba a ser Karl Friedrich. Esta pareja se amó y murió en Europa durante el Holocausto, y desapareció en la Argentina unos días antes de la emigración de la familia. La novela tenía un carácter atemporal, como el inconsciente, y nada importaba que Sophie y Karl Friedrich hubieran sido asesinados dos veces en distintos continentes y momentos. Schlimmer y Besser parecían representar una pareja de amantes desventurados, interminablemente condenados, inmersos en una catástrofe. Pensé en nuestro interminable viaje en avión y la ominosa eyección que nos esperaba a alguno de nosotros o a ambos, a diez mil metros de altura sobre el mar. Me pregunté por el juego de los cinturones de seguridad y me dije que la relación real entre Sophie y Karl Friedrich debía de estar muy perturbada, o bien tenía algún otro sentido. ¿En qué momento ingresaría a la escena la azafata, esa otra mujer siempre mal recibida?

Nos centramos en cómo se había producido la unión entre Schlimmer y Besser, cómo influía cada uno de ellos en el otro, si había alguna integración posible, qué desequilibrio amenazaba. Tuvimos numerosas conversaciones sobre los motivos por los cuales esta pareja no podía llevarse bien.

—Son una pareja extraña —fue el comentario de Carlotta—. Lo que hacen es diferente, no tiene futuro, no debe escarbarse demasiado en eso.

Le pregunté varias veces sobre esto, en especial por qué debía mantenerse en secreto lo que hacía la pareja. Un momento de gran importancia en el análisis fue cuando Carlotta admitió que el problema de una familia de cada dos es carecer de un mediador. Introdujimos entonces al tercer miembro de la familia Immer y lo llamamos “el Regulador”. En rigor, su nombre fue evolucionando, desde “Solamente Regulador”, pasando por “Regulador de los Otros Dos ante el Tercero”, hasta “Regulador de la Familia”. Este personaje no se asemejaba a la azafata del juego previo. Más que un personaje, era una fuerza, un auxiliar ansiado. Abrigué la idea de que el Regulador podría ser el deseo de la niña de un padre que ayudase a mantener bajo control la intensa simbiosis madre-hija, o incluso una

madre suficientemente buena, capaz de calibrar con su titulación la pasión del romance padre-hija. Por entonces no sabía que Schlimmer y Besser tenían una identidad más secreta.

Mientras trabajábamos en la novela, Carlotta me reveló un secreto: su nombre se escribía con una K. Bueno, no era exactamente así, pero en su mente ella había modificado la grafía en memoria de su tío Karl, desaparecido poco antes de que abandonaran Buenos Aires. Karl era neurólogo y estaba siguiendo también la formación psicoanalítica. Su novia, Sophie, era psicoanalista, y él no sólo la amaba sino que amaba el trabajo que ella hacía. Un día desaparecieron, y nunca se los volvió a ver ni se supo nada de ellos. Como si se los hubiera tragado la tierra, me dijo Carlotta. A la noche, cuando su madre le cantaba en la habitación a oscuras, le decía “Karlchen”, y Carlotta estaba convencida de que este nombre se escribía con K y no con C. Supe que durante el día la madre se dirigía a ella por el apodo de “Lotta”, pero a la noche, en la mente de la madre alguien del pasado, su hermano desaparecido, habitaba en su hija. Más adelante habría de enterarme de la relación muy especial que existía entre la madre de Carlotta y su hermano, relación que por su propia índole no le permitió a ella hacer el duelo por éste cuando se produjo su repentina desaparición. Pero antes de esclarecer qué significaba el color negro, debíamos conocer otras cosas.

El juego de la familia Immer continuó, al parecer con las mismas características del vuelo aquel que siempre terminaba pero no terminaba nunca. Llegamos a saber que el apellido de la familia se vinculaba con ese carácter interminable de muchas de las cosas que les había pasado, pese a la amenaza de un término perpetuo. También supimos, a medida que se nos fueron aclarando sus múltiples identidades y funciones, que nuestro foco correcto y obligatorio eran Besser y Schlimmer.

Mientras proseguíamos con el juego de la novela, Carlotta trajo un día al consultorio una banda elástica que no cesaba de ponerse y sacarse nerviosamente de la muñeca. Cuando le hice un comentario al respecto, me dijo que sentía un impulso casi irresistible a rodear con la banda elástica las manos de ella y mías. Respondí que era una posibilidad interesante y le pregunté por qué quería hacer eso; me respondió que era imposible hacerlo, porque si se la estiraba tanto, la goma se rompería. Le pregunté si lo que esto describía era algo relativo a la relación de Carlotta con su madre, o al vínculo o destino

recurrentes de Karl y Sophie, agregándole que las personas pueden unirse no sólo para el amor, sino también para el trabajo o el juego. Me respondió diciendo que sin duda alguna nosotros estábamos unidos de las tres maneras, pero aun así deseaba que tuviéramos las manos rodeadas por la banda elástica.

Este deseo persistió, hasta que nos pusimos a fabricar pulseras con el alambre de unos limpiapipas, entre ellas una tan grande que podía abrazar el cuerpo de ambos. Al principio las hicimos de color negro, pero a todas luces esto era inaceptable para Carlotta y después de mucho pensarlo se decidió por el amarillo. Se dedicó especialmente al aro grande, diciéndome que estaba segura de que no sólo podía rodear nuestros brazos sino nuestras cinturas. Volvíamos a los cinturones de seguridad del juego anterior. Me pregunté si realmente debíamos ponernos ese gran cinturón amarillo; pensé que su color podía basarse en el de la estrella judía que sus parientes tuvieron que ponerse en Berlín antes de su tardía emigración a la Argentina. Sabía que las versiones originales en negro habían sido abandonadas por Carlotta debido a importantes razones, pero entonces no imaginé que el cambio de color fuera tan trascendente. Lo curioso es que Carlotta nunca quiso que nos pusiéramos el aro; sólo habló del lugar más adecuado para usarlo, y eso pareció bastarle. En cambio, usamos a menudo los brazaletes amarillos, o cinturones de seguridad, individuales.

El drama de la familia Immer seguía desplegándose. Carlotta me contó que ella tenía un intenso, avasallador apego tanto por Schlimmer como por Besser. Entendí que me estaba diciendo que el dolor de su familia por su pasado, y la necesidad de su madre de que ella estuviera cerca y fuera Karlchen, persistían; pero a la vez iba haciéndose cada vez más notorio el deseo de Carlotta de ser libre, capaz de vivir su propia vida. ¿Cómo encararíamos este poderoso conflicto?

A medida que trabajábamos, comenzó a emerger algo de una significación extraordinaria. Estábamos armando un género literario en el que los personajes de Schlimmer y Besser se metamorfoseaban continuamente, a punto tal que a veces era difícil saber quién era quién. Un día, al dirigirse a mí, Carlotta me llamó Schlimmer, diciendo que yo era responsable de su angustia en muchísimos campos. Por entonces, este tema se había vuelto consabido. “Siempre eres tú –me decía Carlotta– el que arruina mi vida”. Sin embargo, ese día en particular la diferencia estribó en que a continuación

me dijo: “Besser, solamente tú puedes hacer que las cosas resulten más soportables. No puedo vivir sin ti”.

¡Qué dilema! La causa y la cura de Immer (Siempre) se afinaron en el mismo objeto, así como al principio habíamos notado que Solamente pasaba de ser amigo a ser enemigo, de compañero confiable a peligroso torturador.

Conjeturé que Carlotta me estaba diciendo algo decisivo sobre su psicología. Por un lado, yo, el analista, y probablemente también su madre, éramos objetos traumáticos; por el otro, no era tan así, sobre todo si yo era capaz de mantener el equilibrio y el sentido del juego. Carlotta nunca sintió realmente que yo fuera la causa de sus pesares. Estos cambios se daban únicamente en el juego.

En un trabajo anterior yo había escrito:

“Para avanzar en el examen de este tema, necesito definir el concepto de objeto traumático. Este rótulo clínico procura describir una relación que puede ser el eje de un trauma importante, generalizado y catastrófico. Algunos de sus aspectos serán de inmediato reconocibles para muchos clínicos. Fenomenológicamente, aparece cuando el paciente se siente muy perturbado por el analista, la transferencia está llena de experiencias afectivas dolorosas y problemáticas, y, *al mismo tiempo*, se tiene la sensación de que el único modo de aliviar esta situación insoportable es continuar y profundizar el contacto con el analista. Esta paradoja exige gran sensibilidad en ambos partícipes, y si no se la maneja con extrema precaución, puede predisponer a puestas en acto difíciles y hasta insostenibles” (Herzog, 2001a).

¿Era yo un objeto traumático? La respuesta parecía ser: en parte, pero no del todo.

Pensé que Carlotta también me estaba diciendo algo acerca de la posibilidad de que existiera entre nosotros otra clase de relación, en la cual estaríamos unidos por la cintura como en un abrazo sexual. Nótese, empero, que esta posibilidad sólo se puso en acto parcialmente: es cierto que construimos el gran cinturón amarillo, pero nunca nos lo pusimos. ¿Qué podría significar esto? Yo esperaba aclararlo. La aclaración se presentó de la siguiente manera.

Un día Carlotta me contó que había habido un escándalo en su casa entre los padres, relacionado con el *négligé* negro de la madre. Antes ya me había dicho que la madre siempre se iba a dormir con

una bata negra, y que ella tenía un pijama negro semejante al atuendo nocturno de su madre pero más apropiado para una niña. Me lo había dicho mientras hablábamos de la canción “*Dei Lorelei*” y de la época en que su madre la llamaba *Karlchen*. Apunté el color oscuro, negro, de esta vestimenta nocturna y noté que Carlotta me estaba diciendo que tanto su madre como ella se vestían así de noche.

La madre había traído ese *négligé* de Buenos Aires y lo había usado todas las noches desde que se fueron de la Argentina. El padre, me contó Carlotta, le gritó que ya era hora de que dejara de usarlo, que debía superar eso; la madre replicó, también a los gritos, que no podía, que era todo cuanto le quedaba de la época en que estaba *Karl Friedrich*. Hubo más gritos, y de algún modo Carlotta coligió de todo eso que su madre y su tío habían tenido relaciones sexuales. Ella creía haberle oído decir al padre que la madre no había podido hacer el duelo por su hermano porque había sido su amante. Me aseguró que nunca podría tener una relación así con ninguno de sus hermanos: el solo hecho de imaginarlo le resultaba “asqueroso” [*icky*]. Cuando le oí decir esa palabra, di un respingo de alegría: por fin estaba hablando en el argot propio de su edad, más que como una niña precoz que habla el lenguaje de sus padres y abuelos, y de sus traumas atemporales. A continuación agregó:

– Las cosas deben haber sucedido de una manera muy extraña en la Argentina, al menos en la familia de mamá. –Y añadió esta expresión notable: –Hemos jugado a muchas cosas, Solamente, pero nunca a que *eras* mi hermano. Por eso es que podríamos ponernos el cinturón amarillo si quisiéramos.

La fantasía sexual evolucionaba con mayor libertad a medida que Carlotta iba diferenciando sus propias experiencias transferenciales de la historia incestuosa de su madre. Esto me pareció trascendental. Me sentí agradecido al padre por haber adoptado ante la madre una actitud que, a la vez que enfrentaba la parálisis de ésta, podía facilitar la diferenciación y desarrollo de Carlotta. Recordé que él ya había hecho algo similar en el pasado con relación a mi concurrencia a los recitales de violín de Carlotta, y me pregunté por qué esa conducta sería posible a veces y menos posible otras veces.

Pronto me enteraría de que el trabajo de Carlotta conmigo parecía afectar el comportamiento del padre en la casa. Carlotta me dijo que le había contado a su padre acerca de la familia *Immer* y, en particular, que mientras escribíamos la novela hablábamos de *Karl Friedrich*. Esto perturbó extrañamente al padre, me dijo Carlotta, y

esa noche fue la escena del *négligé*. Me maravillaba la coordinación que parecía darse entre nuestro avance en el análisis y la movilización del padre. Noté que lo esencial era el estado de Carlotta. Debe de haber sentido alguna presión respecto del gran cinturón amarillo, y una mayor capacidad propia como resultado de haber representado en nuestros juegos la catástrofe de los vuelos interminables y de los que terminan trágicamente, así como la muerte y desaparición de su tío. Carlotta no quería ser su Sophie ni tampoco su Gertrude (la madre). Al desplegar el trauma histórico en el juego, ella se había movido dentro de la familia de manera tal de sacar a la superficie la historia incestuosa. Desde luego, ya conocíamos la proximidad nocturna entre madre e hija, y que era una fusión de género (Carlotta se trocaba en Karlchen), pero lo que no sabíamos era que esta fusión era además generacional, en tanto y en cuanto la relación incestuosa de los hermanos se repetía –se ponía en acto, podríamos decir– en la tristeza y el llanto por los asesinatos y horrores vividos tanto en la Alemania nazi como en la Argentina. Cuando yo cambié las palabras de “Die Lorelei”, se dio otro paso adelante en el proceso de discriminación. Nuestra labor estaba contribuyendo a desenmarañar un trauma que era a la vez histórico y personal-sexual, y a movilizar el impulso innato de Carlotta por recuperarse, así como las capacidades de restitución y recuperación de la familia.

No mucho después de esto, Carlotta trató tímidamente de que nos pusiéramos el cinturón amarillo y luego dijo:

– Quería ver si se acomodaba bien. Creo que es bastante grande. Yo no soy bastante grande. De todos modos, éste es un cinturón matrimonial, no el de las artes marciales, el del karate, sino el que usarían dos personas que están por casarse. Es gracioso: en karate, lo mejor sería que fuese un cinturón negro. Aquí, en cambio, es fabuloso que podamos hacerlo amarillo. En karate, el cinturón amarillo es para los principiantes, pero aquí quiere decir que hemos avanzado hasta este punto. Gracias por ser un buen compañero, Solamente. ¿Cómo es que tú puedes jugar tan bien? ¿Es porque la historia de tu familia es distinta? Papá a veces es también un buen compañero, pero no siempre. Me alegra, Solamente, que haya analistas que sean buenos compañeros.

A partir de entonces el cinturón amarillo fue dejado de lado. Cumplió su función de plantilla, pero para unirnos a ambos no era necesario usarlo de veras.

Quisiera señalar que no es nada raro que un trauma transmitido o realmente infligido contenga una capa enmascaradora o cobertura y otra capa más sepultada y más profundamente perturbadora. Con frecuencia el horror de la cobertura manifiesta torna casi imposible acceder a aquello que ella encubre y contra lo cual defiende. Cuando Carlotta y yo jugábamos, el foco parecía estar en el horror de los sucesos políticos y las persecuciones sufridas por su familia tanto en la Argentina como en Alemania. Por cierto que lo estaba, pero al mismo tiempo se estaba representando el doloroso legado de la relación de la madre con su hermano. Los ascensos de categoría y degradaciones de nuestros vuelos y los problemas de la familia Immer remitían a los traumas políticos, pero también representaban la tortuosa relación sexual entre la madre y el tío, por la cual aquélla no había podido hacer el duelo; a esta relación sólo se podía acceder mediante el desplazamiento, y era reiterada disfrazadamente en los rituales nocturnos entre Carlotta y su madre, cuando hablaban en alemán y recitaban versos de Heinrich Heine o de algún otro partícipe inocente.

Ambos llegamos a saber (por los padres de Carlotta) que el golpe a la vagina que precipitó nuestros encuentros y nuestro trabajo —y que parecía retornar de modo recurrente en las apariciones de la azafata, que en el juego era torpe— recapitulaba, en rigor, algo sucedido entre Gertrude y Karl Friedrich como parte de su trágico juego sexual. Tenían entre ambos una suerte de pacto secreto, un pacto de sangre entre hermanos, por el cual esta tortuosa pareja ilícita intercambiaba golpes en sus genitales. Mientras se descargaban uno a otro esos golpes leves, repetían este estribillo: “A mí me duele más que a ti”. Esta frase, con frecuencia asociada a las medidas disciplinarias que un progenitor le impone a un hijo, se había incorporado a la relación entre los hermanos como una especie de compensación por el hecho de que sus propios padres estaban virtualmente muertos. Gertrude y Karl Friedrich lo eran todo el uno para el otro: madre y padre, hermana y hermano, amantes y amigos. La entrada en escena del padre de Carlotta, Rudolfo, y de la novia de Karl Friedrich, Sophie, fueron sucesos que generaron gran ambivalencia.

Esta última información llegó a mí sólo después de que el padre de Carlotta pusiera fin al uso del *négligé* negro por parte de su esposa del modo que ya hemos relatado. Un hecho importante que precedió inmediatamente a este proceder del padre fue que Carlotta tomó el dinero que tenía y se compró un par de pijamas amarillos. Este inciden-

te, junto a otros factores, sacó de quicio a la madre e hizo que el padre despertase de su prolongado letargo. Creo que nuestra fabricación de las pulseras amarillas y también del cinturón amarillo de seguridad “matrimonial” derivaba del interminable ajustarse y desajustarse los cinturones de seguridad en nuestro viaje analítico, y fueron el antecedente estructural y de procedimiento que permitió que ocurriera este importantísimo cambio.

En mi artículo “La capacidad de amar” (Herzog, 2004a), me referí a otra paciente, Marielena, que era incapaz de elegir entre amar a un hombre o a una mujer porque no había podido ocupar un espacio lúdico creado por sus padres en el que era amada y atesorada por ambos, en vez de que cada uno de ellos se apropiara de ella como objeto de proyección y autorregulación. Yo argumentaba entonces que en situaciones de esa índole se perpetuaba la bisexualidad psíquica inherente al ser humano, de un modo tal que interfería con la capacidad de elegir. En otro artículo, “Hambre del padre y deformación narcisista” (Herzog, 2004b), planteé que en el caso de un *desétayage* (Braunschweig y Fain, 1981) o desvío de la relación madre-hijo y en presencia de una denigración activa del padre, los niños están sometidos a una deformación narcisista que puede incluir el descontrol agresivo y la evolución hacia una sexualidad perversa. Aun antes, en “El aprendizaje del lenguaje materno” (Herzog, 1991), sugerí que la forma en que la madre y el niño comparten el afecto y el significado es un elemento constituyente esencial de la matriz lingüístico-afectiva que la hija lleva al padre en la esperanza de transmitirle su sentido, mientras aprende ansiosamente lo que sucede entre ella y el padre, y entre el padre y la madre.

Quisiera ahora, con las enseñanzas que me han dejado los implacables esfuerzos de Carlotta por discriminar el pasado del presente y por develar las múltiples capas de *pentimenti* [pinceladas previas] traumáticas que le imponían la relación con la madre y la escasa disponibilidad del padre, ampliar mi perspectiva. A diferencia de Natalia en “Sangre y amor” (Herzog, 2000), que tenía un padre destructivo totalmente incapaz de ayudarla, el de Carlotta pudo al fin movilizar su estructura y acudir en ayuda de su hija. Carlotta invocaba para él la imagen de “Los Degradados” de su pasado sefardí, esos judíos prescindibles a los que por tanto se hacía desembarcar en primer término a medida que se fue descubriendo el Nuevo Mundo. A veces, sin embargo, estos primeros desembarcados sobrevivían y lograban afincarse en las tierras donde se los había dejado. El

padre de Carlotta, Rudolf, era capaz de vivir en el nuevo mundo y, con la ayuda del increíble coraje de su hija, acudir en su defensa y volver a dar vuelta una embarcación que había sido tumbada. El sabía el significado de que en el patio de juegos de la escuela Carlotta le hubiese pegado a la otra niña en la vagina y hasta “conocía”, en algún lugar secreto, el estribillo del ritual: “Esto me duele más que a ti”. Carlotta estaba proclamando que debía ponerse fin al sometimiento por el cual en el paisaje interior de su madre y, peligrosamente, en ella misma, había vaginas y espíritus femeninos. De algún modo, su padre fue capaz de oír esto, y porque pudo oírlo, Carlotta vino a analizarse y comenzamos a escucharnos y a jugar juntos.

La madre y el analista de ésta pensaban que yo era la única persona que podría atender a Carlotta. Esta especificidad y selectividad (Herzog, 2001) me parecieron extrañas y notables desde el principio. Carlotta dijo que necesitaba “un buen compañero”. ¿Yo lo era? Llegué a pensar que era menester que yo hablara alemán, que hubiera estado yo mismo sumergido en un trauma y que precisara, como el padre, estar dentro y fuera del sistema, ser una especie de marginal. Pero Carlotta dijo que, sobre todo, tenía que ser un buen compañero. Esto podía significar, literalmente, que yo fuera capaz de moverme junto con ella pero también en forma separada y respetuosa, a sabiendas de que jugábamos para que ella recuperara su vida y yo pudiera desembarcar en la nueva tierra a fin de establecer si era un territorio viable para que siguiéramos jugando. El “Buen Compañero” era la contrapartida indispensable de “Los Degradados”. Por supuesto, ambos estaban presentes, nada podía avanzar sin que hubiera en el analista este dúo dinámico.

Esto me permitió ser para Carlotta casi un objeto traumático (Herzog, 2001), pero también alguien a quien podía recordársele que estábamos jugando y pedírsele que tratara de echar luz sobre el *négligé* negro y los problemas de la familia Immer (siempre). Podíamos cambiar el negro por el amarillo y notar entre ambos que este color representaba un comienzo, en lugar del temor. Bajo la tutela experta de Carlotta, aunque no asistí a sus recitales, escuché la música que ella compuso y que ella ejecutó [*played*, también “jugó”]. Fue ella quien orquestó la melodía y estableció el ritmo. Yo la acompañé, creo, de una forma paternal suficientemente buena como para modular y organizar las pulsiones y fantasías agresivas (Herzog, 2001b), a fin de que el juego pudiera desenvolverse y

Carlotta estuviera en condiciones de ser dueña de su cuerpo, mente y espíritu. Cuando nuestro trabajo concluyó, me confió lo siguiente:

– Sabes, Solamente, una niña tiene que estar totalmente loca para pensar que puede darle un golpe a una vagina. Gracias a Dios, pudimos jugar y saber de quién era ese cuerpo y cuál era la finalidad, o sea, mi finalidad. ¿Me entiendes lo que quiero decir? Ahora tengo mi propia finalidad, no la del pasado, ni la de mi madre. Vivo para mí, Solamente, para mí. Estaba casi excluida, aplastada, muerta. Pero hoy estoy mucho más viva, muchas gracias. *Ich danke dir* (yo te agradezco), como se diría en el viejo y querido idioma alemán. ¡El español es mucho más lindo! Mamá trató de pensar en todo, pero resulta que tú no hablas español. Eso es bueno, creo. ¿En qué hablamos aquí? En un idioma muy especial, Solamente, no hablamos más que de la mente y de nuestro juego. Ese es nuestro idioma.

Así que ahora lo sé. No hay que sorprenderse de que esta compleja y encantadora personita me hubiera enseñado lo que significaba “Solamente”. Habíamos desarrollado una manera de jugar con nuestras mentes juntas que ayudó a Carlotta a ser ella misma y a liberarse de otros lenguajes molestos, gracias a que lo hicimos como dos buenos compañeros de juego. Yo pude seguir siendo yo mismo, aunque el viaje me resultara a menudo desconcertante, perturbador, una vorágine total, y al hacerlo pude ayudarla a Carlotta a que volviera a ser ella misma. Ambos respetamos las insoportables condiciones externas e internas que habían constituido el origen de Carlotta y que culminaron en sus rituales nocturnos con la madre, y logramos hacer posible que cambiara de color, del negro profundo a un amarillo más promisorio, que movilizara a su padre y en cierto aspecto iniciara la liberación de su madre, con lo cual su familia y su futuro podrían ser de un carácter más próximo a Besser que a Schlimmer.

Un viejo refrán dice que una persona sólo puede ser tan feliz como su hijo menos feliz. Mientras trabajábamos y jugábamos con Carlotta, pensé que podría reformulárselo así: el grado en que uno puede ser libre y jugar con libertad está directamente relacionado con el grado en que puede conocer, de un modo soportable, el más insoportable infortunio de cada uno de sus padres y cómo lo manejan en su relación mutua. Nuestro trabajo cumplió una función no sólo para Carlotta sino también para su padre, quien desde entonces pudo ayudar mejor a Gertrude con su oscuro pasado; y de ese modo ambos pudieron crear para su hija un espacio de juego más seguro.

Estos enormes cambios ocurrieron gracias a nuestros vuelos de nuevas puestas en acto traumáticas y a la novela de los Immer. Carlotta fue su iniciadora y su gran beneficiaria, y que me permitiera ser su compañero de juegos y analista fue para mí un privilegio extraordinario.

“*¡De esas ciudades quedará
sólo el viento que las azotó!
La casa alegre al comensal:
él la deja atrás.
Sabemos que apenas somos
locatarios provisorios,
y que después de nosotros vendrá:
nada de lo que valga la pena hablar*”.
Bertold Brecht (1976)

BIBLIOGRAFIA

- BRAUNSCHWEIG, D.; FAIN, M. (1981) “Bloc-notes lanterns magiques”. *Revue Française de Psychanalyse*, vol. 45, págs. 105-226.
- BRECHT, B. (1976) *Poems, 1913-1956*, ed. por Willet John y Manheim Ralph con la cooperación de Fried Erich, trad. al inglés de Michael Hamburger, Londres, Methuen.
- CARROLL, L. (1865) *Alice’s Adventures in Wonderland*. Cap. 12, fragmento incluido en el frontispicio de Hollinghurst (2004).
- FOSTER, E. M. (2002) *Howard’s End*. Londres, Dover Publications.
- GEERTZ, C. (1973) *The Interpretation of Cultures*. Nueva York, Basic Books.
- HERZOG, J. M. (1991) “Die Muttersprache lehren: Aspekte des Entwicklungsdialoges zwischen Vater und Tochter”. *Jarbuch der Psychanalyse*, vol. 27, págs. 29-41.
- (1993) “Play Modes in Child Analysis”. En S. Solnit, D. Cohen y P. Neubauer (eds.), *The Many Meanings of Play*, Yale University Press, págs. 252-266.
- (2000) “Blood and Love”. *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 81, págs. 263-272.
- (2001a) “Traumatic Objects and Traumatic Re-enactment”. Conferencia pronunciada en Munich en honor del 75º aniversario del nacimiento

to de Lotte Köhler.

- (2001b) *Father Hunger; Explorations with Children and Adults*. Hillsdale y Londres, Analytic Press.
- (2004a) "The Capacity to Love". Conferencia pronunciada en la reunión anual de la Asociación Psicoanalítica Alemana (*Psychoanalytic Quarterly*, en prensa).
- (2004b) "Father Hunger and Narcissistic Deformation". *Psychoanalytic Quarterly*, vol. 73, no 4, págs. 893-914.

HERZOG, J. M., O'CONNELL, M. E. (inédito) Operating with a Full Deck: How to Use Innate Aggressive Endowment in the Optimal Pursuit of Organizational Goals.

HOLLINGHURST, A. (2004) *The Line of Beauty*. Londres, Picador.

Traducido por Leandro Wolfson.

Agradecemos la traducción cedida por la *Revista de Psicoanálisis* de la Asociación Psicoanalítica Argentina (A.P.A.).

James M. Herzog
230 Warren St., Brookline,
Mass. 02445
USA